

Colon y sus hermanos hasta recibir órdenes de SS. MM. y otra de Alonso de Villejo, concebida en términos acordes con su conducta humana y honrosa nácia su ilustre prisionero.

Por mas que Fernando estuviese predispuesto secretamente contra Colon, no pudo contrarrestar el torrente del espíritu público. Reprobó como la reina las injurias sufridas por el Almirante, y ambos soberanos se apresuraron en probar que se habia ejecutado aquella prision sin su autoridad, y contra sus deseos. Antes de recibir los documentos enviados por Bobadilla, mandaron órdenes á Cádiz para poner al instante en libertad á los presos y tratarlos con toda distinción. Escribieron al Almirante en términos de gratitud y afecto, espresando su sentimiento por cuanto habia padecido, y convidándole á presentarse en la córte. Al mismo tiempo mandaron que se le adelantasen dos mil ducados (8338 pesos fuertes del día) para resarcirse de sus gastos.

El corazón leal de Colon se reanimó con esta declaración de sus soberanos. Conocía su propia integridad, y esta convicción le hacia anticipar la restitución de todos sus derechos y dignidades. Se presentó en la córte de Granada, el 17 de diciembre, no como un hombre arruinado y en desgracia sino ricamente vestido, y acompañado de una honorífica comitiva. Le recibieron SS. MM. con ilimitado favor y distinción. Cuando vió la reina acercarse aquel hombre venerable, y midió la estension de sus merecimientos y de sus pesares, se le llenaron los ojos de lágrimas. Colon estaba acostumbrado á resistir con firmeza los ásperos conflictos del mundo, habia recibido con desprecio las injurias é insultos de hombres innobles; pero estaba dotado de una sensibilidad exquisita. Al ver que tan bondadosamente le recibian sus soberanos, y que los ojos benignos de Isabel estaban inundados de lágrimas, no pudo resistir mas: se postró en tierra, y dando libre curso á sus reprimidos sentimientos, quedó por mucho tiempo imposibilitado de pronunciar una palabra por la violencia de sus lágrimas y sollozos.

Fernando é Isabel le levantaron y quisieron animarlo con las mas afectuosas expresiones. Así que pudo recobrar su imperio sobre sí mismo, entró en una elocuente y noble vindicacion de su lealtad y del celo que le habia siempre animado por la gloria y grandeza de la corona española. Si alguna vez cometió errores, era por inesperienza en el gobierno, y por las estraordinarias dificultades que le habian rodeado.

Pero no necesitaba vindicacion alguna. La falta de moderacion de sus enemigos era su mejor abogado. Se presentó á los reyes como un hombre profundamente agraviado; y á ellos era á quienes tocaba disculparse ante el mundo del cargo de ingratitud para con su mas digno súbdito. Se manifestaron irritados contra los procedimientos de Bobadilla, desaprobándolos como contrarios á sus instrucciones, y prometieron quitarle inmediatamente el mando.

En efecto, no se dió valor alguno á las acusaciones de Bobadilla, ni fé á las cartas que en su defensa habia escrito. Los soberanos aprovecharon todas las ocasiones de tratar á Colon con favor y distinción, asegurándole que se le devolverian sus bienes y se le restableceria en el goce de todos sus privilegios y dignidades.

El cumplimiento de esta última promesa era el que mas deseaba Colon. Las consideraciones mercenarias no pesaron jamas en su ánimo. La gloria habia sido el grande objeto de su ambicion; y sentia que mientras permaneciese suspendido de su empleo, una sombra de censura envolvía su nombre. Esperaba, pues, que en cuanto quedasen los soberanos conyentidos de la rectitud de su conducta, le darian las debidas satisfacciones, restituyéndole su vireinato sin

demora, de modo que pudiese volver en triunfo á Santo Domingo. Pero estaba destinado á recibir desengaños que llenaron de tinieblas el resto de sus días. Para esplicar tan palpable injusticia é ingratitud de la corona, es conveniente hacer reseña de una variedad de sucesos que habian afectado materialmente los intereses de Colon ante el político Fernando, seco siempre de corazón.

CAPITULO II.

VIAJES CONTEMPORANEOS DE DESCUBRIMIENTOS.

La licencia general concedida por los soberanos en 1495, para emprender viajes de descubrimientos, habia originado varias expediciones de individuos particulares, entresacados en su mayor parte de los que navegaron con Colon en sus primeros viajes. El gobierno imposibilitado de armar por su propia cuenta muchas escuadras, se complacia en ver estender de balde sus territorios, y llenarse sus tesoros con los derechos que aquellos viajeros satisfacian á la corona. Estas expediciones se hicieron principalmente mientras estaba Colon en desgracia con los soberanos. Sus propias cartas y diarios sirvieron de guia á los aventureros, y la magnificencia de sus pinturas de Pária y de las costas adyacentes habian escitado mucho su codicia.

A mas de la ya nombrada expedicion de Ojeda, cuando tocó á Jaragua, emprendió al mismo tiempo otra Pedro Alonso Niño, natural de Moguer, hábil piloto, que habia estado con Colon en los viajes de Cuba y Pária. Habiendo obtenido licencia para ello interesó en la empresa á un comerciante rico de Sevilla, que le armó una carabela de cincuenta toneladas, con la condicion de que su hermano Cristóbal la mandase. Salieron de la barra de Saltes, pocos días despues que Ojeda de Cádiz en la primavera de 1499, y llegando á la tierra-firme por el Sur de Pária, la costearon á alguna distancia, atravesaron el golfo, y navegaron de allí ciento treinta leguas paralelamente á las costas de la actual república de Colombia, visitando la que se llamó despues costa de las Perlas. Desembarcaron en varios puntos, vendieron sus bagatelas europeas á inmenso precio, y volvieron con una abundante cantidad de oro y perlas, habiendo acabado en su pequeño viaje uno de los mas estensos y lucrativos viajes hechos hasta entonces.

Al mismo tiempo los Pinzones pertenecientes á aquella familia de osados y opulentos navegantes, armaron una flotilla de cuatro carabelas en Palos, tripulada casi toda por sus propios parientes y amigos: se embarcaron en ella muchos experimentados pilotos que habian ido á Pária en el viaje del Almirante; y la mandaba Vicente Yañez Pinzon; capitán de una de las carabelas que hicieron el primer viaje de descubrimientos.

Pinzon era experimentado navegante, y no siguió como los otros las mismas huellas de Colon. Dándose á la vela en diciembre de 1499, pasó las islas Canarias y el cabo de las islas Verdes, y tomó el Sud-este hasta perder de vista la estrella polar. Sufrió despues una terrible borrasca, y le puso muy perplejo el nuevo aspecto de los cielos. Aun no se conocia el hemisferio del Sur, ni la bella constelacion de la cruz, que en aquellas regiones suple para los marinos el lugar de la estrella del Norte. Los viajeros habian esperado hallar sobre el polo antártico una estrella correspondiente á la del ártico. Se desanimaron al verse sin guia en el cielo, y creyeron que alguna prominencia de la tierra les ocultaria el polo que buscaban.

Pinzon, empero, continuó con la mayor intrepidez. El 26 de enero de 1500 vió desde lejos un gran promontorio, á que puso cabo de Santa Maria de la Consolacion, despues llamado de San Agustín. Descubrió y tomó posesion de aquel pais en nombre de sus

magestades católicas, siendo parte del territorio nombrado hoy día el Brasil. Tomando de allí al Occidente, descubrió el Marañon, hoy río de las Amazonas, atravesó el golfo de Pária; y continuó por el mar Caribe y golfo mejicano, hasta hallarse en las Bahamas, donde perdió dos de sus bajeles en las rocas cercanas á la isla de Jumeto. Volvió á Palos en setiembre, habiendo añadido á su antigua gloria la de ser el primer europeo que pasó la línea equinoccial en el Océano del Occidente, y la de haber descubierto el famoso reino del Brasil, desde su principio en el Marañon, hasta sus linderos mas orientales. Por premio de estas proezas se le concedió autoridad para colonizar y gobernar las tierras que habia descubierto, y que se extendian al Sur casi desde el río Marañon hasta el cabo de San Agustín.

El pequeño puerto de Palos, que tanto le costó armar la primera escuadra para Colon, se hallaba continuamente agitado por la pasion de los descubrimientos. Poco despues de la expedicion de los Pinzones, organizó otra Diego Lepe, natural tambien de Palos, tripulándola con sus parientes y compatriotas. Se dió á la vela tomando el mismo rumbo que Pinzon, pero descubrió mas del continente del Sur que ningun otro viajero en sus días, ó hasta doce años despues. Dobió el cabo de San Agustín, se cercioró de que la costa ulterior corría hácia el Sud Oeste, desembarcó tomando posesion con las ceremonias acostumbradas en nombre de los soberanos españoles; y grabaron los marineros los suyos en un árbol de tal magnificencia y tan enorme magnitud, que diez y siete hombres en rueda no podian abrazar el tronco. Aumentaba el mérito de sus descubrimientos, que nunca habia navegado con Colon. Pero llevaba consigo varios hábiles pilotos que acompañaron al Almirante en sus primeros viajes.

Otra expedicion de dos bajeles salió de Cádiz en octubre de 1499, mandada por Rodrigo Bastidas de Sevilla. Exploró la costa de Tierra-firme, pasando el cabo de la Vela, límite occidental de los descubrimientos en el continente, y siguió hasta un puerto llamado despues el Retiro, donde se fundó posteriormente el del Nombre de Dios. Habiéndose casi destruido sus bajeles en aquellas mares, tuvo que vencer grandes obstáculos para llegar á Jaragua en Española, donde perdió dos carabelas, y procedió con la tripulacion por tierra á Santo Domingo. Allí le aprisionó Bobadilla, bajo pretexto de que habia comerciado en oro con los naturales de Jaragua.

Si muchas fueron las expediciones que las empresas de Colon produjeron en España, no fueron menos las que salieron de las naciones extranjeras. En el año de 1497, Sebastian Cabot, hijo de un comerciante veneciano, pero residente en Bristol, navegando al servicio de Enrique VII de Inglaterra, llegó al mar del Norte del Nuevo-Mundo. Siguiendo la idea de Colon, fué en busca de las costas de Cathay, y esperaba hallar un pasaje para la India al Nor-Oeste. En su viaje descubrió á Newfoundland, costó el Labrador hasta el quincuagésimo sexto grado de latitud Norte, siguió al Sud Oeste hasta las Floridas, y cuando empezaron á escasearle las provisiones, volvió á Inglaterra. Solo quedan vagas y escasas relaciones de este viaje, importante por incluir los primeros descubrimientos del continente Norte del Nuevo-Mundo.

Pero los de las naciones rivales que mas escitaron la atencion y celos de la corona española, fueron los de los portugueses. Vasco de Gama, caballero de consumados talentos y mucha intrepidez habia al fin llevado á cabo el gran designio del príncipe Enrique de Portugal, y doblando el cabo de Buena-Esperanza, en 1497, abierto el por tanto tiempo buscado sendero de la India.

Inmediatamente despues de la vuelta de Gama, salió una flota de diez y seis buques á visitar los magní-

ficos países de que habia traído noticias. Esta expedicion se dió á la vela en 9 de marzo de 1500 para Calcuta, bajo el mando de Pedro Alvarez de Cabral. Habiendo pasado el cabo de las islas Verdes, para evitar las calmas que reinan en la costa de Guinea, se dirigió bastante al Occidente. El 25 de abril descubrió á deshora una tierra, desconocida de todos los de la flota, que aun no habian oído hablar de los descubrimientos de Pinzon y de Lepe. Al principio creyó fuese una grande isla: despues de costearla por algún tiempo, se persuadió de que debía de ser parte de un continente. Habiéndola recorrido hasta pasar el décimo quinto grado de latitud Sur, desembarcó en un puerto á que llamó puerto Seguro, y tomando posesion de aquel pais por la corona de Portugal, envió un buque á Lisboa con tan faustas nuevas. Así llegó á ser el Brasil posesion de los portugueses, estando al Oriente de la línea convencional que limitaba los respectivos territorios. El doctor Robertson, al recordar este viaje de Cabral, concluye con una de sus justas y elegantes observaciones.

«Fue el descubrimiento de Colon del Nuevo-Mundo, dice, el esfuerzo de un ingenio activo, guiado por la esperiencia, y procediendo bajo un plan regular, ejecutado con no menos valor que perseverancia. Pero de esta aventura de los portugueses se infiere, que la asualidad hubiera podido dar cima á aquel grande designio, cuya formacion y perfeccion son hoy el orgullo de la razon humana. Si la sagacidad de Colon no hubiera conducido al género humano á las Américas, Cabral, por un afortunado acaso, hubiera podido llevarlos algunos años despues al conocimiento de aquel estenso continente.»

CAPITULO III.

NICOLÁS DE OVANDO NOMBRADO SUCESOR DE BOBADILLA.
(1501.)

Los numerosos descubrimientos que rápidamente hemos enumerado en el capítulo anterior, produjeron una gran revolucion en el ánimo de Fernando. Su ambicion, su avaricia y sus celos se inflamaron simultáneamente. Vió regiones sin fin henchidas de riquezas, presentar sus tesoros como premio de las atrevidas empresas de sus emprendedores súbditos; pero vió al mismo tiempo que otras naciones, deseosas de repartirse con él el mundo dorado que queria monopolizar, lanzaban al mar sus hombres y sus naves. Las expediciones de Inglaterra, y el descubrimiento accidental del Brasil por los portugueses, le causaron suma inquietud. Para asegurar la posesion del continente, determinó establecer gefaturas locales en los puntos mas importantes, y sujetarlas todas á un gobierno central residente en Santo Domingo como metrópoli.

Con tales tendencias el mando provisionalmente concedido á Colon se elevó á muy alta importancia; y mientras su goce era mas preciosa á los ojos del Almirante, se aumentaba la repugnancia que tenia el egoísta y suspicaz monarca á aumentar su poder y autoridad. Hacia tiempo que estaba arrepentido de haber dado la investidura de tan vastos poderes á un súbdito, que no estaba ligado á él, ni por el amor á su persona, ni por el orgullo nacional, puesto que su cuna no se habia mecido en el suelo español. Al tiempo de concederlos no previó cuán dilatados erán los países que iba á someter á su autoridad. Quizá se creía engañado por Colon en el pacto que habia hecho; y los descubrimientos sucesivos, en vez de aumentar su gratitud hácia el génio que tantos dominios sometia á sus pies, le hacian arrepentirse mas y mas de la magnitud del premio. Al fin, la comision de Bobadilla aunque temporalmente habia en algun tanto coartado las altas funciones del

Almirante, y el astuto monarca resolvió secretamente cerrarle el camino de sus primitivas distinciones.

Quizá Fernando dudaba en efecto de la inocencia de Colon, delante de las varias acusaciones que contra él existían. Tal vez sospechaba que no fuese su lealtad sincera, y temía consolidar á un extranjero en el mando tan lejos de la metrópoli, y con tan inmensas y opulentas regiones á sus órdenes. Colon mismo en sus cartas hace alusión á los rumores esparcidos por sus enemigos, de que pensaba, ó bien levantarse con independiente soberanía, ó bien poner sus descubrimientos en manos de otros monarcas; y aun parece temer, que aquellas calumnias hayan hecho impresión en el ánimo de Fernando. Pero otra consideración había, de no menor influencia para el monarca, al retardar aquel grande acto de justicia. Colon no le era ya indispensable. Había ya hecho su sublime descubrimiento, había ya abierto el camino del Nuevo-Mundo, y á todos les era dado seguirlo. Muchos hábiles navegantes se crearon bajo sus auspicios, y adquirieron experiencia en sus viajes. Diariamente rodeaban el trono con ofrecimientos de armar expediciones á su propia costa, y dar parte del producto á la corona. ¿Por qué le había el soberano de conferir á él dignidades y prerogativas régias, por lo que á cada paso le ofrecían otros hacer de balde?

Tal parece, según su conducta posterior, haber sido la política de Fernando, al abstenerse de devolver á Colon las dignidades y privilegios que tan solemnemente le había concedido por un tratado, y que no había perdido por su mala conducta.

Esta privación, empero, se declaraba interina, dando plausibles razones para dilatarla. Se decía, que los elementos de aquellas violentas facciones, que recientemente tomaron las armas contra él, existían todavía en la isla; su inmediata vuelta podía producir nuevas exasperaciones; peligrarían acaso su seguridad personal y la paz de la colonia. Así, aun cuando se debía despojar á Bobadilla inmediatamente del mando, aconsejaba la prudencia enviar para sucederle algun oficial de talento y discreción con cargo de investigar imparcialmente los últimos desórdenes, remediar los abusos que habían estos producido, y espulsar de la isla toda la gente disoluta y facciosa. Este comisionado debía ejercer el gobierno por dos años, en cuyo tiempo se mitigarían las pasiones, quedando refrenados ó fuera de la isla los turbulentos: Colon volvería entonces, sin riesgo propio y ventaja para la corona. Con estas razones y la promesa que las acompañaba, tuvo Colon que contentarse. No cabe duda de que eran sinceras de parte de Isabel, cuya intención era reinstalarlo en el goce pleno de sus derechos y dignidades, después de aquella, al parecer, necesaria suspensión. Fernando, empero, por su conducta ulterior perdió todo derecho á reclamar juicios que le fuesen favorables.

La persona nombrada para suceder á Bobadilla, fue D. Nicolás de Ovando, comendador de Lares en el orden de Alcántara: se dice que era de mediana talla, de color blanco, con barba roja, y un mirar modesto, pero imponente, de mucha verbosidad y agradables y corteses modales; hombre de grande prudencia, dice Las-Casas, y capaz de gobernar mucha gente, pero no de gobernar á los indios, á quienes hizo incalculables injurias. Tenía grande veneración á la justicia; enemigo de los avaros, sóbrio en la vida doméstica, y tan humilde, que cuando llegó á ser maestro del orden de Alcántara, no permitía jamás que le diesen el título de su empleo. Tal es la pintura que de él han hecho los historiadores; con lo cual su conducta no deja de estar algunas veces en contradicción. Parece haber sido capcioso y sutil, tanto como almirante y cortés; bajo la capa de su humildad ocultaba mucha ambición de mando; y en sus transacciones

con el Almirante fue á la vez poco generoso y muy injusto.

Los varios arreglos que debían hacerse según el nuevo plan de gobierno colonial, dilataron por algun tiempo la partida de Ovando. Entre tanto todos los buques traían nuevas cada vez peores del infeliz estado de las islas bajo la mala administración de Bobadilla. Empezó este su carrera con política opuesta á la de Colon. Creyendo que la severidad había sido la causa de que fracasase su predecesor usó una política conciliadora; y como desde el principio relajó, para popularizarse, las riendas de la moralidad y la justicia, desapareció toda subordinación, siguiéndose de esto tal desorden y licencia, que muchos de los adversarios del mismo Colon, echaban de menos su rígido gobierno ó el del Adelantado.

Bobadilla no era tan malo como imprudente y débil. No había previsto los peligrosos excesos á que su sistema le llevaba. Precipitado y ansioso de apoderarse del poder, era débil y contemporizador al ejercer, y no sabía jamás mirar más allá de lo presente. Una concesión peligrosa hecha á los colonos demandaba irremisiblemente otra, y así marchó de error en error mostrando practicamente que el gobierno tanto debe temerse ejercido por un hombre débil como por uno malo.

Había vendido á precios bajos las granjas y heredades de la corona, diciendo que no deseaban los monarcas enriquecerse, sino que todo redundase en beneficio de sus súbditos. Concedió un permiso general para trabajar en las minas, contribuyendo al gobierno con sólo la undécima parte de los productos. Para impedir la disminución de las rentas, fue necesario aumentar los acopios del oro. Obligó para esto á los caciques á suministrar indios para que ayudasen á los españoles á labrar los campos y á explotar las minas. Llevó esta medida á efecto, numerando los indios, reduciéndolos á clases y distribuyéndolos entre los colonos según su consideración ó capricho. Estos, por sugestión suya, se asociaron en compañías de á dos individuos, que se ayudaban mutuamente con sus respectivos capitales é indios, dirigiendo un compañero los trabajos agrarios y el otro los minerales. El solo encargo de Bobadilla consistía en que produjesen grandes cantidades de oro. Tenía una espresión continuamente en los labios, que manifiesta el pernicioso principio que lo guiaba. *Aprovechad cuanto podais este tiempo, decía, porque nadie sabe lo que durará*; aludiendo á la posibilidad de perder pronto su mando. Los colonos siguieron su consejo; y tanto vejaron á los pobres indios, que el undécimo daba más rentas á la corona que jamás había recibido del tercio bajo la administración de Colon. Entre tanto sufrían los infelices indígenas toda especie de crueldades de sus inhumanos dueños. Poco habituados al trabajo, débiles de constitución y acostumbrados en su hermosa y rica isla á una vida libre y descuidada, estaban agoviados por las faenas y la severidad con que á ellas se les obligaba. Las-Casas pinta indignado la tiranía caprichosa que usaban con los indios algunos malvados españoles, entre los cuales había muchos que habían venido convictos de los calabozos de Castilla. Estos miserables, que eran en su país los más viles, tomaron el tono de principales caballeros. Decían que necesitaban los sirviesen y acompañasen grandes comitivas de criados. Se apoderaban de las hijas y parientas de los caciques haciéndolos sus criadas, ó más bien sus concubinas, sin limitar el número de estas. Cuando viajaban, en vez de usar de sus caballos y mulas, hacían que los naturales los trasportasen en hombros en literas ó hamacas, y que fuesen otros con parasoles de palma quitándoles el sol, y otros abanicándolos con plumas; y Las-Casas añade que vió las espaldas y hombros de los desventurados indios chorreando sangre después de aquel vil é im-

probo trabajo. Cuando estos arrogantes señores de dos en dos llegaban á un lugar indio, consumían las provisiones de los habitantes, tomando cuanto agradaba á su capricho, y obligando á los caciques y á sus súbditos á bailar delante de ellos para divertirlos. Hasta sus placeres eran crueles. Hablaban á los indios en los términos más degradantes; y á la menor ofensa, á la menor falta de humildad que mostrasen, les daban golpes, azotes y hasta la muerte.

Este es un pálido bosquejo de los males que resultaron del débil gobierno de Bobadilla, y que Las-Casas describe lastimosamente, por observación material, habiendo visitado la isla al fin de su administración. Bobadilla confiaba en que una inmensa cantidad de oro, arrancada de las miserias de los naturales, compensaría todos los errores, y le aseguraría el favor de los soberanos; pero estaba equivocado. Los abusos de su gobierno llegaron al trono, y las penalidades de los naturales destruyeron el corazón benévolo de Isabel. Nada podía causarle mayor indignación, y por lo mismo hizo todo lo posible para apresurar la salida de Ovando y poner fin á aquellas enormidades.

En conformidad con plan antes indicado, el gobierno de Ovando se extendió á las islas y tierra firme, de que Española debió ser metrópoli. Debía entrar como procurador en el ejercicio de sus poderes desde el momento en que llegase, mandando á Bobadilla á España al regresar la flota. Se le mandó que investigase diligentemente los últimos abusos, castigando á los delincuentes sin favor ni parcialidad, y espulsando de la isla toda persona turbulenta. Debía revocar inmediatamente la licencia dada por Bobadilla para acopiar oro, pues no tenía la sanción real. Exigiendo la tercera parte de todo el que encontrase junto, y la mitad del que se recojiese en lo sucesivo. Llevaba poder para fundar ciudades, concediendo á estas los privilegios que gozan las corporaciones municipales de España; y obligando á los españoles, y en particular á los soldados, á residir en ellas, en vez de vagar dispersos por la isla. Entre muchas provisiones sabias había algunas antiliberales, características de una época en que los principios de comercio estaban aun mal entendidos, pero que continuaron en España mucho tiempo después que las demás naciones del mundo las hubieron abolido como errores de una edad de ignorancia y tinieblas. La corona monopolizaba el comercio de las colonias. Nadie podía llevar mercancías por su propia cuenta. Había nombrado un factor real, único comerciante de quien se podían obtener artículos europeos. La corona no solo se reservaba propiedad esclusiva en las minas, sino en las piedras preciosas, demás objetos de gran valor y palo de campeche. A ningún extranjero, y sobre todo á ningún moro ni judío, se le permitía establecer en la isla ni hacer viajes de descubrimientos. Estas son algunas de las restricciones comerciales que España impuso á sus colonias, y que fueron seguidas de otras tan impolíticas como estas. Su política mercantil ha sido la mofa de los tiempos modernos; así como las presentes restricciones impuestas al comercio por algunas naciones civilizadas ¿serán tarde ó temprano la admiración y escarnio de las edades futuras?

Isabel tuvo especial esmero en que se diese buen tratamiento de los indios. Ovando llevaba orden de juntar á los caciques y declararles que los soberanos los recibían á ellos y á sus gentes bajo una protección especial. Solo pagarían tributo como los otros súbditos de la corona, y este se exigiría con suavidad y blandura. Debía cuidarse mucho de su instrucción religiosa, para cuyo propósito iban doce franciscanos, con un prelado llamado Antonio de Espinal, hombre venerable y piadoso. Esta fue la primera introducción formal del orden de San Francisco en el

Nuevo-Mundo. Todas las anteriores medidas en favor de los naturales quedaron paralizadas por una indiscreta cláusula. Se permitía obligar á los indios á trabajar en las minas, y en otras ocupaciones; pero solo para el servicio real. Debían emplearse como los demás jornaleros pagándoles puntualmente.

Pero mientras los soberanos hacían reglamentos para el alivio de los indios, con aquella inconsecuencia frecuente en los juicios humanos, favorecían una cruel infracción de los derechos y felicidad de otra raza de hombres. Entre los varios decretos de aquel tiempo, se encuentran las primeras trazas de la esclavitud de los negros en el Nuevo-Mundo. Se permitía llevar á la colonia esclavos negros nacidos entre cristianos; esto es, esclavos nacidos en Sevilla y otras partes de España, hijos y descendientes de los naturales de la costa atlántica africana, donde los españoles y portugueses habían sostenido por algun tiempo aquel tráfico. Estos acaecimientos en el curso de la historia, tienen á veces la apariencia de juicios temporales del cielo. Es de observar, que Española, el primer lugar del Nuevo-Mundo en que se cometió este pecado contra la humanidad y la naturaleza, ha sido también el primero en reaccionarse de una manera espantosa. Es una expiación lógica.

Entre los varios asuntos que reclamaban la atención de los soberanos, no quedaron olvidados los intereses de Colon. Se mandó á Ovando que examinase todas sus cuentas, sin pagarlas por él mismo. Debía averiguar las pérdidas que había sufrido por su prisión, confiscación de bienes é interrupción de funciones. Toda la propiedad confiscada por Bobadilla debía devolversele; y si estaba vendida, recomensársela. Si se había empleado en el servicio real, debía quedar Colon indemnizado por el tesoro; si Bobadilla se la había apropiado, debía responder de ella con sus bienes particulares. Las mismas providencias se tomaron para indemnizar á los hermanos del Almirante de las pérdidas que injustamente habían sufrido por su prisión.

Colon debía también recibir los atrasos de sus sueldos y ser en lo sucesivo pagado puntualmente. Se le permitió tener un factor en la isla, que presenciase la fundición y sello del oro, recogiese su parte y atendiese á todos sus negocios. Para este empleo señaló á Alonso Sanchez de Carvajal; y los soberanos mandaron que fuese tratado aquel agente con el mayor respeto.

La escuadra que debía conducir á Ovando á su gobierno, era la mayor que hasta entonces había salido para el Nuevo-Mundo. Se componía de treinta bajeles, cinco de noventa á ciento cincuenta toneladas, veinte y cuatro carabelas de treinta á noventa, y una barca de veinte y cinco. Iban en la flota más de dos mil y quinientas personas; entre ellas muchas principales que llevaban sus familias.

Para que Ovando pudiese presentarse con la dignidad que requería su nuevo empleo, se le permitió el uso de sedas, brocados, piedras preciosas y otros adornos suntuosos, prohibidos entonces en España, á consecuencia de la ostentación excesiva de la nobleza. Se le autorizó además para llevar una guardia particular de veinte escuderos, entre ellos diez de á caballo. Saló con la expedición don Alonso Maldonado, como alguacil mayor, para reemplazar á Roldán que debía ser enviado á España. Iban también artistas de todas clases; un médico, un boticario, un cirujano, y veinte y tres hombres casados con sus familias, todos de respetable carácter, que habían de distribuirse en cuatro ciudades, y gozar varios privilegios, para formar la base de una población sana y útil. Debían espelerser de la isla otros tantos individuos disolutos y ociosos: esta excelente medida fue sugestión especial de Colon. También iban ganados y aves, artillería, armas y municiones de todas clases;

todo, en fin, cuanto se requería para el servicio de la isla.

Tal fue el modo con que Ovando, favorito del rey, y súbdito natural suyo de distinguida categoría, tomó el gobierno que se arrebató á Colon. La flota salió el 13 de febrero de 1502. Al principiar el viaje sufrió una terrible tormenta, en que se sumergió un bajel con ciento veinte pasajeros; los otros se vieron obligados á arrojar al mar cuanto llevaban sobre cubierta, y se separaron unos de otros. Se vieron por las costas españolas esparcidos los efectos de la escuadra, y se extendió el rumor de que todos los buques se habían perdido. Cuando llegaron las nuevas á los soberanos, se apesadumbraron tanto, que pasaron ocho días sin recibir á nadie. El rumor fue infundado; solo se había perdido un buque. Los otros se juntaron en la isla de la Gomera, y siguiendo su viaje, llegaron el 13 de abril á Santo Domingo.

CAPITULO IV.

PROPOSICION DE COLON RELATIVA AL RESCATE DEL SANTO SEPULCRO.

(1500—1504.)

Colon permaneció en la ciudad de Granada mas de nueve meses, esforzándose en sacar sus negocios de la confusión en que los había puesto la conducta de Bobadilla, y solicitando la restitucion de sus oficios y dignidades. Todo este tiempo gozó el favor y atención de los soberanos, y recibió promesas repetidas de que al fin se le cumpliría el deseo. Pero hacia ya mucho tiempo que había medido la grande distancia que media en una corte entre la promesa y su cumplimiento. Si hubiera sido de carácter naturalmente triste, motivos tenía para volverse misántropo. Vió la senda de gloria que él había abierto, pisada solo por favoritos y aventureros; vió los preparativos y armamento de una escuadra, destinada á conducir con desusada pompa al sucesor de aquel gobierno que tan injusta y rudamente le habían arrancado; mientras él tenía interrumpida su carrera; y si los empleos públicos son prueba del favor real, se hallaba en visible desgracia.

El temperamento sanguíneo de Colon no le permitía estar mucho tiempo inactivo; si en una direccion se le encadenaba, volaba en otra. Su imaginación visionaria era como una luz interior, que en los momentos de mayor oscuridad disipaba las tinieblas exteriores, y llenaba su ánimo de espléndidas imágenes y gloriosas especulaciones. En aquellos tiempos desventurados asaltaba sin cesar su memoria el voto de levantar dentro de siete años desde el día de su descubrimiento cincuenta mil soldados de á pie y cinco mil caballos, para el rescate del Santo Sepulcro. El tiempo había pasado, sin serle posible cumplir el voto. El Nuevo-Mundo, con todos sus tesoros, había acarreado hasta entonces mas gastos que ganancia; y lejos de estar en el caso de poder levantar ejércitos con sus propios fondos, se encontraba Colon sin propiedad, sin influencia y sin empleo.

Destituido de medios para cumplir sus piadosas intenciones, se creyó obligado á incitar á sus soberanos á la empresa; y le animaba para hacerlo el haber primitivamente hablado de aquel proyecto como del mayor designio á que debían dedicarse las ganancias de sus descubrimientos: se entregó, pues, con su acostumbrado celo á preparar argumentos para ello. En los intervalos sus ocupaciones buscaba en las profecías de las Santas Escrituras, en los escritos de los Santos Padres, y en otros libros sagrados y especulativos, portentos y revelaciones místicas, que pudiesen construirse como anuncios del descubrimiento del Nuevo-Mundo, de la conversion de los gentiles, y del rescate del Santo Sepulcro: tres grandes sucesos que él suponía estar predestinados á suceder-

se rápidamente. Estos pasages los arregló y ordenó, con la ayuda de un fraile cartujo; los enriqueció con poesías y formó con ellos un tomo manuscrito que se lo entregó á los soberanos. Preparó al mismo tiempo una larga carta, escrita con su acostumbrado fervor de espíritu y sencillez de corazón. Es una de aquellas composiciones singulares que manifiestan la parte visionaria de su carácter, y la mística lectura con que acostumbraba nutrir su imaginación.

En esta carta pedía á sus magestades permiso para formar una cruzada, que librara á Jerusalem del poder de los falsos creyentes. Les suplicaba no desechasen su consejo como extravagante é impracticable, ni escuchasen el descrédito con que otros podrían tratarlo; recordándoles que su gran plan de descubrimientos había primitivamente recibido un desprestigio universal. Confesaba estar persuadido de que desde la infancia le había escogido el cielo para aquellos dos grandes designios; el descubrimiento del Nuevo-Mundo y el rescate del Santo Sepulcro. Para esto, en sus tiernos años, le había guiado un impulso divino á abrazar la profesion marítima; modo de vida, dice, que inclina al hombre á investigar los misterios de la naturaleza; y Dios le había dotado de un ánimo curioso para leer toda especie de crónicas y obras de filosofía. Al meditar en ellas, el Todopoderoso había abierto su razón con palpable mano para descubrir la navegacion de las Indias, y le había infundido ardor bastante para entrar en tan grande empresa. «Animado por este celo, añade, vine á vuestras majestades: todos los que oyeron mi proyecto se mofaron de él; todas las ciencias que sabía no me aprovecharon de nada; siete años pasé en vuestra corte real disputando el caso con personas de mucha autoridad y doctas en las artes, y al fin decidieron que todo era vano. Solo en vuestras magestades hubo fé y constancia. ¿Quién dudará que vino aquella luz de las Santas Escrituras, iluminando á vuestras majestades y á mí con rayos de maravilloso lustre?»

Estas ideas, tan repetida, solemne y sencillamente expresadas por un hombre de la piedad fervorosa de Colon, manifiestan cuán íntimamente se desarrolló el proyecto de descubrimientos en su propio ánimo, y no nació de informes suministrados por otros. Le consideraba inspiracion divina, y cumplimiento de lo que se había predicho por nuestro Salvador y por los profetas, mirándolo, sin embargo, no como un fin, si no como un medio, como un suceso preparatorio para la grande empresa de la conquista del Santo Sepulcro. Creía milagro del cielo haberle animado á él y á otros, para aquella santa empresa; y aseguró á sus magestades, que si tenían fé en su última proposicion como la habían tenido en la primera, serian premiados de seguro con gloriosos y triunfante éxito. Les pidió no hiciesen caso de los sarcasmos de los que le llamaran lego, marinero ignorante, y hombre mundano; recordándoles que la Santa Escritura obra, no solo en los doctos sino tambien en los ignorantes; y que revela lo futuro, no solo por medio de entes racionales, sino con prodijios ejecutados en las alimanas, y por signos en el aire y en los cielos.

La empresa sugerida por Colon, aunque pueda en el día aparecer extravagante y ociosa, estaba de acuerdo con la disposicion, de aquellos tiempos y la corte á que se propuso. La vena de erudicion mística que le fecundaba, era tambien propia de una edad en que las visiones de los cláustros influían aun en los ejércitos y en los gabinetes. Aun no se había desvanecido el espíritu de las cruzadas. En la causa de la Iglesia y á instigacion de sus dignatarios, estaba pronto todo caballero á desnudar la espada; y la religion mezclaba un brillante y devoto entusiasmo con el estímulo general de la guerra. Fernando era un mogigato religioso, y la devocion de Isabel estaba tan cerca de la supersticion como podia permitirlo su es-

piritu liberal y magnánimo. Ambos soberanos estaban bajo la influencia de políticos eclesiásticos, que dirigian sus empresas de tal modo, que redundasen en beneficio del poder temporal y gloria de la Iglesia. La reciente conquista de Granada se había considerado como una cruzada europea, y valió por lo mismo á los soberanos el epíteto de católicos. Era natural que pensasen en extender aun mas lejos sus victorias sagradas, y en hacer sufrir á los infieles por sus duraderas conquistas en España, y por los triunfos de la cruz que habían logrado. En efecto, el duque de Medina-Sidonia acababa de entrar en Berbería, y de tomar á Melilla. Esta expedicion se tuvo por el primer eslabon de una larga cadena de guerras nuevas contra los infieles de Africa.

Nada pues ridículo se podía hallar en la proposicion de Colon, considerando el periodo y circunstancias en que se hizo, tan bien avenidas con su carácter entusiasta y visionario. Es preciso no olvidarse de que se meditó en la corte de la Alhambra, entre las espléndidas reliquias de la grandeza mora, donde pocos años antes había visto el estandarte de la fé elevarse en triunfo sobre los simbolos de la infidelidad. Parece haber sido producida en uno de aquellos momentos de alta excitacion, en que, como se ha dicho, se elevaba su alma contemplando la grandeza y gloria de la mision que tenía; en uno de aquellos momentos en que se consideraba bajo la inspiracion divina, comunicando con el cielo, y llenando el santo y sublime objeto á que estaba predestinado.

CAPITULO V.

PREPARATIVOS DE COLON PARA EL CUARTO VIAJE DE DESCUBRIMIENTOS.

(1501—1502.)

La idea de rescatar el Santo Sepulcro, tuvo solo pasajero dominio en el ánimo de Colon. Sus pensamientos se volvieron con doble ardor al canal acostumbrado. Le impacientaba la inaccion, y no tardó en concebir un objeto principal para otra empresa de descubrimientos. La hazaña de Vasco de Gama, que acababa de llevar á cabo la tantas veces intentada navegacion de la India, doblando el cabo de Buena-Esperanza, era uno de los mas señalados acontecimientos del día. Pedro Alvarez Cabral, siguiendo sus huellas, había hecho un felicísimo viaje, y vuelto con sus bajeles cargados de las preciosas mercancías del Oriente. Las riquezas de Calcuta eran el tópico de todas las lenguas: en todas partes se hablaba del comercio de diamantes y piedras preciosas de las minas del Indostan; del de perlas, oro, plata, ámbar, marfil y porcelana; del de telas de seda, ricas maderas, gomas, aromas y especias de todas clases. Los descubrimientos de las regiones salvajes del Nuevo-Mundo producian aun cortas rentas á la España; pero aquel sendero, repentinamente abierto á los opulentos países del Oriente, empezó á verter inmediatos y abundantes beneficios en Portugal.

La emulacion de Colon se escitó con estas pinturas; y concibió la idea de hacer un viaje, en que con su habitual entusiasmo creyó no solo sobrepujar los descubrimientos de Vasco de Gama, sino los suyos propios. Segun sus observaciones en el viaje de Paría, y los informes de otros navegantes, particularmente de Rodrigo Bastidas, que había seguido mas lejos el mismo rumbo, parecía que la costa de tierra-firme se dilataba hacia el Occidente. La del Sur de Cuba, que él consideraba parte del continente asiático, se extendía tambien hacia el mismo punto. Las corrientes del mar Caribe podian pasar por entre aquellas tierras. Estaba por lo tanto persuadido de que debía existir un estrecho en las inmediaciones, que saliese al mar Indio. Su imaginado estrecho debía hallarse en las inmediaciones del que se llama hoy istmo de Darien.

Descubriese tal pasaje, y encadenando de este modo el Nuevo-Mundo que había descubierto con las opulentas regiones orientales del antiguo, pensaba que daría espléndido fin y cima á sus trabajos, y consumaría el grande objeto de su existencia.

Cuando manifestó Colon su plan á los soberanos, le escucharon con la mayor atencion. Ciertos individuos del consejo real, se dice que quisieron poner dificultades, recordaron las necesidades del estado, y la escasez del tesoro real, que hacian muy impolítica cualquiera nueva empresa. Tambien dijeron que no debía Colon ser empleado hasta que su buena conducta en Española quedara plenamente probada por cartas de Ovando. Estas mezquinas sugerencias fueron estériles, pues Isabel tenía confianza y fé en la integridad de Colon. En cuanto á los gastos pensaba que despues de dar tan poderosa escuadra y suntuosa comitiva á Ovando para tomar posesion de su gobierno, sería ingratitude y miseria rehusar algunos buques al descubridor del Nuevo-Mundo para proseguir sus grandes empresas. La codicia de Fernando se inflamó con la idea de entrar pronto en posesion de una vía mas directa y segura á los países en que estaba abriendo la corona de Portugal tan lucrativo comercio. Tambien aquella empresa ocuparía considerable tiempo al Almirante, y distrayéndole de pretensiones molestas le haría emplear sus talentos del modo mas útil para la corona. Por mucho que dudase el rey de sus talentos legislativos, tenía la mas alta opinion de su habilidad náutica. Si un estrecho como el supuesto por Colon existía verdaderamente, él era hombre mas capaz de descubrirlo de cuantos vivian entonces. A su proposicion, pues, se accedió prontamente, autorizándole para armar desde luego una escuadra con este objeto: llegó á Sevilla en el otoño de 1501.

Aunque esta empresa distrajo su atencion del romántico intento de rescatar el Santo Sepulcro, no había aun proscrito completamente este pensamiento. Dejó su coleccion manuscrita de profecías en poder de un devoto fraile llamado Gaspar Gorricio, que le ayudó á completarla. Al año siguiente se la presentó Colon á los reyes, acompañada de la carta de que hemos hecho mencion. En el próximo febrero tambien le escribió al papa Alejandro VII, escusándose por no haberle permitido sus ocupaciones indispensables pasar á Roma, segun tenía determinado, á dar cuenta de sus grandes descubrimientos. Despues de describirlos brevemente, añade que ha acometido aquellas empresas con intencion de dedicar la ganancia al rescate del Santo Sepulcro. Habla del voto que en una carta había manifestado á los soberanos españoles, de poner en pie de guerra dentro de siete años, cincuenta mil infantes y cinco mil caballos con aquel objeto, y otra fuerza igual en los cinco años siguientes. Se lamenta de que esta piadosa intencion haya sido impedida por la astucia del demonio; y teme, que sin la ayuda divina se frustrará del todo, pues se hallaba despojado del gobierno que en perpetuidad se le había concedido. Informa al Santo Padre de sus preparativos para hacer otro viaje, y le promete ir á Roma á su vuelta, y referirle de palabra los pormenores de sus expediciones, poniendo á los pies de su Santidad una relacion que de ellos tenía escrita, siguiendo el estilo de los comentarios de César.

Tambien fue por este tiempo cuando envió á los soberanos su carta relativa al Santo Sepulcro, con la coleccion de las profecías. No se sabe de qué modo se recibió aquella proposicion. Fernando, á pesar de toda su afectacion religiosa, era un príncipe astuto y mundano. En vez de una cruzada caballerosa y bizarra contra Jerusalem, prefería entrar en pacíficos tratos con el gran Soldan de Egipto, que amenazaba destruir el edificio sagrado. Envio al docto Pedro Mártir, tan distinguido por sus escritos históricos,